

ESTEVA (ADALBERTO A.)

AMOROSA

Cuando la noche llega, ensueño mío,
Miro, como visión blanca en la sombra,
Vagar, de la llanura por la alfombra,
Tu veste nivea entre el ramaje umbrío.

Del césped, de los árboles, del río,
Se alza un acento que doquier te nombra,
Y el conturbado espíritu se asombra
De tu eterno y creciente poderío.

Todo va á su destino: el ave al viento,
Al Hacedor el *Angelus* sonoro,
Y á tí, mi enamorado pensamiento!

Y mientras te amo en mi ferviente rito,
Enciéndense las lámparas de oro
En el palacio azul del infinito!



EL BRINDIS DEL BARDO

A JUAN DE DIOS PEZA

«¡Que brinde el trovador!—dijeron todos—
¡Que cante la caída de las bellas!»
Y apagaron sus gritos de beodos
Al rumor de los vasos y botellas.

¡Y el poeta brindó! Con débil mano
Alzó una copa, pálido y erguido,
Y su voz como cántico lejano
Sonó lúgubrementemente en el oído.

«Gusto os daré, exclamó. Si es un espectro
De otra edad la figura de Julieta,
Debe el poeta transformar su plectro
Como el histrión que cambia de careta.

Si avara cubre á la postrer María
La tierra de la pampa americana,
Brindemos por las flores de la orgía
Que marchita el fulgor de la mañana.

¡Amar.....! ¿y para qué? Muere la idea
Y triunfa y vive la terrena forma;
Los tiempos son de Aspasia y de Frinea,
No son los tiempos de Lucrecia y Norma.

Si todo es fango, vanidad, mentira,
Si todo es nada en el mundano suelo,
¿Por qué pedir purezas á la lina,
Amor á la mujer y Dios al cielo?

Tenéis razón. El desengaño crece
Y no hay descanso en la batalla ruda:
El ángel de la fé desaparece,
Sólo queda el demonio de la duda.

Brindo porque nos halle la mañana
Cuando asistamos á nocturna cita,
Oyendo, como Fausto, en la ventana,
Serenatas del diablo á Margarita!»

Y el poeta calló. Mientras sonaba
El frenético aplauso de la gente,
Una visión blanquísima cruzaba
El negro Tiberiades de su mente.

Y al recordar la insólita ventura
De su primer amor, dulce y sencilla,
Una lágrima llena de ternura
Resbaló por su pálida mejilla!



Á NAPOLEON

Salve, genio inmortal! Tu nombre solo
es como toque de clarín de guerra;
aun suele enmudecer, de polo á polo,
á tu recuerdo la asombrada tierra;
aun parece escucharse con pavura
el rumor de tus bravos escuadrones,
y se destacan en la sombra oscura
las mechas de tus bélicos cañones!

No has muerto, no! Cuando la noche llega,
ceñido de laurel, dejas la tumba;
es tu potente voz la que congrega
la gran legión mientras el viento zumba;
eres tú quien les habla de victoria
y el néctar de los héroes les escancia,
quien á la luz del nimbo de la gloria
el cielo muestra á la afligida Francia!

No has muerto, no! Tu nombre es como aquellos
nombres que á Homero eternizar le plugo;

con él llenó sus cánticos más bellos
el Homero del siglo, Víctor Hugo.

Cuando amenaza coligada Europa
á la patria vencida, en Santa Elena
ve tu fantasma la francesa tropa
soñando á un tiempo en Austerlitz y en Jena!

En el silencio de la noche triste
se oye el trotar de tu corcel bravío;
todo, un aspecto funeral reviste,
de extraña luna al resplandor sombrío;
y trémulo el soldado de Sadowa,
vengador de su patria y abolengo,
mira en sueños al héroe de Moscowa
cruzar con los infantes de Marengo!

Nadie tan alto como tú! Ni el mismo
que escalara los Alpes elevados,
para quien Capua fué mortal abismo
donde se hundió el valor de sus soldados;
ni el que en el Ganges místico y distante
hizo beber á su corcel de guerra;
rayo del mismo Dios, genio gigante,
á cuyo paso se extendió la tierra!

Fué tu nombre inmortal de luz cubierto
lo mismo en las llanuras de la Prusia
que en la arena candente del Desierto
y en las estepas áridas de Rusia:
esos Alpes que á Anibal contemplaron
avanzar precedido de la gloria,
sintiéndote pasar, te saludaron
como al hijo feliz de la victoria!

Ellos te vieron descender airado

al frente de tu tropa silenciosa,
 con el sublime rostro iluminado
 por la luz de los genios misteriosa.
 En tanto la ciudad en la llanura
 de sorpresa y terror se estremecía,
 como las hojas en la selva obscura
 al comenzar la tempestad bravial

Y luego las Pirámides! Al grito
 que lanzaron tus labios de insprado,
 frente á aquellas montañas de granito,
 centinelas de piedra del pasado,
 luchaba la oriental caballería
 con tu ejército firme como el roble,
 mientras enviar el cielo parecía
 todos sus rayos á tu frente noble!

La noche de Austerlitz, imperturbables
 fueron los astros nimbo de tu frente;
 dos coronas mellaba con sus sables
 vencedores, tu ejército valiente:
 te alzaste en el bridón sobre el estribo
 por ver los muertos de contrarias filas,
 y de la luna el resplandor más vivo
 brilló con menos luz que tus pupilas!

Oh! si vivieras tú, ¡cuán diferente
 fuera el destino de tu patria amada!
 ¡Cuál se agitara con tu voz potente
 el alma del ejército inflamada!
 ¡Cómo las playas que el Mosela besa
 resonaran con gritos de victoria!
 ¡Cuál se cerniera el águila francesa
 en el cielo brillante de la Historia!

Alzando grave la soberbia frente
 que sólo el génio con su peso inclina,
 mandarás comenzar la lid ardiente
 desde la cima azul de una colina,
 é irguiéndote otra vez, siempre radiante,
 entre el rudo fragor de la metralla,
 proyectaras tu sombra de gigante
 sobre el campo encendido de batalla!

Pero no! Fué preciso que cayeras!
 Rasgabas ya del porvenir los velos,
 tus águilas volaban altaneras
 en todas las regiones de los cielos:
 dejando por la tienda de campaña,
 del trono de los Césares la pompa,
 gobernabas á Italia, á Suecia, á España,
 al ronco són de tu guerrera trompa!

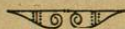
Evocados los tétricos vestiglos
 que llenaron de sombras la Edad Media;
 interrumpido el curso de los siglos
 por un titán que hasta el Olimpo asedia;
 trocado el Universo en incensario
 de un hombre acariciado por la suerte;
 desconocido Dios..... fué necesario
 restablecerlo todo con tu muerte!

No fuiste menos grande en la caída:
 sólo Dios ó el acaso te vencieron!
 El sublime holocausto de su vida
 los héroes de tu Guardia te ofrecieron,
 y al darte con su carga formidable
 el laurel más hermoso de tu gloria,
 á pesar del destino inexorable
 fué su hecatombe tu inmortal victoria.

Tú obscureciste el brillo de los reyes
 con el claro fulgor de tu talento:
 á todo el orbe le impusiste leyes
 haciéndole el esclavo de tu acento.
 Si no llevó hasta Roma sus legiones
 Pirro, guerrero de saber profundo,
 tú sometiste al yugo diez naciones
 en tu marcha de triunfo por el mundo!

Nada opaca la grandes claridades
 que de tu genio despediste un día,
 y pasas á través de las edades
 como los astros en la noche umbría:
 si del Norte los bárbaros hulanos
 tu sepulcro de mármol derribaran,
 de entre el escombros, como siempre ufanos,
 tus fulgores purísimos brotarán!

Venerando tu dicha y tus dolores,
 se te admira triunfante y derrotado;
 tu nombre augusto lleno de esplendores
 es como un estandarte mutilado;
 se miran los girones con tristeza;
 pero es honor del batallón su herida,
 y la tropa, al mirarlo á su cabeza,
 le presenta las armas conmovida!



JUNTO AL MURO

Señora, media noche y vos en la ventana
 mirando las estrellas que van en caravana
 cual pálidas novicias en grave procesión;
 señora, media noche y vos mirando el río,

clavada la pupila en el paisaje umbrío
 y en la gigante sombra del ancho torreón.

Os prestan homenaje los valles dilatados,
 os guardan murallones vetustos y almenados,
 y al sucumbir la tarde en púrpura imperial,
 en tanto que en las sombras envuélvese el castillo,
 de la redonda luna al argentado brillo
 resuena en vuestros lares la cántiga oriental.

¿Qué veis de los luceros en los fulgores rojos?
 ¿Qué miran las estrellas en vuestros negros ojos?
 Amáis al bravo noble, vuestro gentil señor;
 él es en los torneos invicto caballero,
 él es, por agradaros, vuestro ágil halconero,
 y en las veladas tristes él es vuestro lector.

Por vos brilla la aurora en el balcón de Oriente,
 por vos el sol asoma la luminosa frente,
 por vos la noche esparce su lóbrego capuz,
 y cuando pura y bella dormís en vuestro lecho,
 por escuchar el casto latir de vuestro pecho
 descende de los cielos un serafín de luz!

Vos sois la castellana que esmalta la Edad Media
 y que vestida de oro cruzó por la tragedia,
 por el romance antiguo y el canto popular:
 vos sois aquella dama de gracia peregrina,
 de quien habló en sus versos Gutierre de Cetina,
 por quien luchó en el campo Rodrigo de Vivar.

¿Por qué la hermosa vela y al mirador se asoma?
 Es que el ensueño de oro, cual vivida paloma,
 de su nevada frente revuela en derredor,

y al pié de la alta torre que sirve de atalaya,
los dulces trovadores discurren por la playa
cantando en sus estrofas el castellano honor.

Es que los vates pulsan en armonioso coro,
ante la diosa bella, las cítaras de oro,
y oyéndolos gorjean las aves del jardín;
se acercan por oírlos las brisas rumorosas,
y sobre el verde tallo empínanse las rosas
mirando á la que inspira su canto al bandolín.

Yo soy de aquella raza de antiguos trovadores
que al pié de las ventanas de vidrios de colores
contaban á las niñas su pena y su aflicción;
yo soy de aquellos bardos que alzaban sus querellas
por ver á claros ojos verter lágrimas bellas
y suspirar los pechos de su laúd al són.

Yo soy de aquellos hombres de inmensa desventura
que de la media noche entre la sombra oscura
vagaban por el mundo con paso desigual;
buscando fui por eso las fuentes de la idea,
por la ciudad hirviente, por la tranquila aldea,
hasta que hallé, señora, vuestra mansión feudal.

Prendida está en sus muros la flor del jaramago;
en vano noche y día la azota el viento vago:
así en vuestra alma crece la flor de la virtud;
y si, pidiendo amparo, de noche un arpa suena,
encuentran los viajeros, en vos, un alma buena,
y hogar en vuestra casa que alegra su laúd.

Arroyo es vuestra vida: los lúgubres celajes
sobre su tersa linfa conviértense en encajes
y el junco de la orilla en trémulo festón:

es justo que de todos los reinos de las flores
acudan en bandada melifluos ruiseñores
á dar al arroyuelo su plácida canción.

Voy á partir, señora, en pos de mi destino;
en medio de las sombras que invadan mi camino
será vuestro recuerdo la luz que seguiré;
que los diamantes negros que adornan vuestra frente
han sido en mis dolores el faro refulgente
que me enseñara el rumbo del puerto de la fé.

¡Oh ensueño de querubel ¡oh mi gentil señora!
yo traigo como ofrenda la flor que hay en Basora,
la flor de la ventura, la flor de la amistad;
guardadla eternamente como memoria mía,
¡oh alondra anunciadora del esperado día!
¡palmera que triunfante se alzó en mi soledad!

.....

El bardo se retira..... Transpone la llanura
cuyo horizonte verde borró la noche oscura,
y viendo del castillo el claro resplandor,
poniéndose de hinojos, de nuevo el arpa agita
y canta de este modo: «bendita sé, bendita,
¡oh noble castellana! ¡oh diosa del amor!»

RECUERDO

¿Recuerdas ¡oh virgen! la tarde opalina
que tanto gozamos la dicha ideal?
Llenóse el estanque de luz vespertina
y el aire y el bosque de canto nupcial.

Pasaban las nubes arriba, en el cielo.....
 Gozoso aspiraba tu aliento de flor,
 cifrando mi gloria, mi afán, mi desvelo,
 en verme á tus plantas rendido de amor.

¡Qué cosas dijimos, de dicha extasiados!
 Hablé yo de versos, de cántigas tú.
 Estábamos ébrios de amor, deslumbrados,
 debajo del cielo brillante y azul!

Toda eras pureza, candor, inocencia.....
 Toda eras aurora y arrullo de Abril.
 Había en tus ojos la fiel transparencia,
 del lago que copia la luz del cenit.

¡Cuán dulces las horas de canto y gorjeo!
 ¡Cuán bellos transportes de amor y ebriedad!
 No empaña una sombra de torpe deseo
 el cielo que alumbraba pasión inmortal.

Confiados y alegres los dos, nos contamos,
 yo cosas de versos, tú cosas de amor;
 de pronto nos vimos..... á un tiempo callamos.....
 ¡y hendiendo los aires un ave trinó!

.....

¿Qué fué de mis sueños de amor y ventura?
 ¿En dónde las dichas del vértigo están?
 ¿En dónde su encanto? Duró lo que dura
 la flor que marchita la noche invernal.

Yo quise ser tuyo, mas Dios no lo quiere;
 su mano destroza los sueños en flor;
 mi canto es el himno del ave que muere
 mirando arrobada la estrella que amó.

¿Por qué, Dios del cielo, los goces terminan?
 ¿Por qué no es eterno de amor el placer?
 ¿Por qué tan veloces sus horas caminan?
 ¿Por qué se recuerdan sus glorias después.....?



NERVO (AMADO)

LAS MÍSTICAS

— * —
 PRÓLOGO

Oh! las rojas iniciales
 que ornáis los salmos triunfales
 en breviarios y misales!

Oh! casullas que al reflejo
 de los cirios, en cortejo
 vais mostrando el oro viejo!

Oh, vifrales policromos
 fileteados de plomos,
 que brilláis bajo los domos!

Oh, custodias rutilantes
 con topacios y diamantes!
 Oh! copones rebosantes!

Oh! *Dies iræ* tenebrosos!
 Oh! *Miserere* lloroso!
 Oh! *Tedeum* glorioso!

Me perseguís cuando duermo,
me rodeáis si despierto...
Tenéis mi espíritu yermo,
muy enfermo... muy enfermo...
Casi muerto... casi muerto...

* * *

REQUIEM

Oh, Señor Dios de los Ejércitos,
Eterno Padre, Eterno Rey:
Por este mundo que creaste.
Con la virtud de tu poder;
Porque dijiste: *la luz sea*
Y á tu palabra *la luz fué*;
Porque co-existes con el Verbo,
Porque contigo el Verbo es
Desde los siglos de los siglos
Y sin mañana y sin ayer,
Requiem eternam dona eis, Domine,
Et lux perpetua luceat eis.

Oh, Jesucristo, por el frío
De tu pesebre de Belem;
Por tus angustias en el huerto,
Por el vinagre y por la hiel;
Por las espinas y las varas
Con que tus carnes desgarré
Y por la cruz en que borraste
Todas las culpas de Israel:»
Hijo del Hombre, desolado,
Trágico Dios, tremendo Juez,
Requiem eternam dona eis, Domine,
Et lux perpetua luceat eis...

Divino Espíritu, Paráclito,
Aspiración del gran Iaveh,
Que unes al Padre con el Hijo,
Y siendo el Uno sois los Tres:
Por la paloma de alas niveas;
Por la inviolada doncellez
De aquella Virgen que en su seno
Llevó al Mesías Emmanuel;
Por las ardientes lenguas rojas
Con que inspiraste ciencia y fé
A los discípulos amados
De Jesucristo Nuestro Bien,
Requiem eternam dona eis, Domine,
Et lux perpetua luceat eis...

* * *

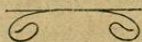
¡No te amaré! Muriera de sonrojos
antes bien: yo que fui cantor maldito
de blancas hostias y de nimbos rojos;
yo que sólo he alentado los antojos
de un connubio inmortal con lo infinito

¡No te amaré! mi espíritu atesora
el perfume sutil de otras edades
de piedad, de esperanza redentora,
y ese noble perfume se evapora
al sople de burguesas liviandades.

Mi mundo no eres tú: fueron los priores
militantes, caudillos de sus greyes;
fué la edad en que, omnímodos señores,
fulminaban los Papas triunfadores
su anatema fatal contra los reyes.

Fué la edad singular en que la musa
llevaba al talabarte la tizona,
la edad del burlador y la reclusa,

la edad en que la negra caperuza
forjaba el silogismo en la Sorbona.
Y no sé de pasión. Y me contrista
pulsar la lira del amor precario...
Sólo brotan mis cláusulas de artista
al beso de Daniel, el simbolista,
al ósculo de Juan, el visionario!



SAVIA ENFERMA

I

Expone la indole del libro

Hay savia joven: la de potentes glóbulos rica,
que las arterias del tronco púber invade y llena
y en policromo florón de pétalos se magnifica.

Tórrida savia, jugo del Cáncer, que en la serena
noche de luna, crepita y cruje de fuerza plena,
en el misterio *donde la flauta de Pan resuena...*

Hay savia enferma,—sangre doliente,—savia tardía,
que cuando brota, las ramazones del árbol cubre
con hojas mate, con hojas tenues... Tal es la mía

¡Tal es la mía! Savia del yermo que sólo encubre
gérmes locos de la futura yema insalubre
y tiene pompa, mas es la pompa solemne y triste del vie-
[jo Octubre!

II

Noche ártica

En el zenit, azul; blanco, en el yerto
y triste plan de la sabana escueta;
en los nítidos témpanos, violeta,
y en el confín del cielo, rosa muerto.

Despréndese la luna del incierto
Sur, amarilla, y en la noche quieta,
de un buque abandonado la silueta
medrosa, se destaca en el desierto.

Ni un rumor... el Silencio y la Blancura
celebraron, ha mucho, en la infinita
soledad sus arcanos esponsales;
y el espíritu sueña en la ventura
de un connubio inmortal con Seraphita,
al claror de las albas boreales.

III

Los difuntos viejos

Yo no amo á los que viven; *putrefacción andante!*
Yo busco á los que moran de la ciudad muy lejos,
en el panteón; y adoro la calva deslumbrante
de los bruñidos cráneos de los difuntos viejos!

Cadáveres seniles! qué calma semejante
hallar á vuestra calma! ni contracción, ni dejos
de angustias infinitas mostráis en el *semblante*,
que alumbra en el osario la luz agonizante
del sol, dándole nimbos de cárdenos reflejos...
Oh, Muerte! oh Paz!... Yo adoro la calva deslumbrante
de los bruñidos cráneos de los difuntos viejos!

IV

Madrigal Luis XIX

(Aliteración al gusto de Duplessis)

Tu blancura es reina,
 tu blancura reina,
 ¡oh nacarada! ¡oh alba como el alba que sus oros despeina!

*

Tu piel, oh mi Blanca,
 como el ala blanca
 del niveo albatros que adora las espumas, luce franca...

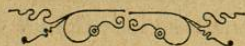
**

¡Oh Blanca de Nieve!
 haz que en mi alma nieve
 el cándido fulgor de tu imagen casta y leve...

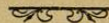
Solitaria estrella,
 Mis noches estrella
 con esa pensativa luz ideal, tan bella...

Dicanda

Margarita de oro,
 Altar en que oro,
 la sutil rima brote como brote otoñal,
 y á tu alma se prenda
 Y en amor la prenda
 Y sea la prenda
 De vida inmortal!



RONDÓS VAGOS



Pasas por el abismo de mis tristezas



Pasas por el abismo de mis tristezas
 como un rayo de luna sobre los mares
 ungiendo lo infinito de mis pesares
 con el nardo y la mirra de tus ternezas

Ya tramonta mi vida la tuya empiezas
 mas salvando del tiempo los valladares
 como un rayo de luna sobre los mares
 pasas por el abismo de mis tristezas

No más en la tersura de mis cantares
 dejará el desencanto sus asperezas
 pues Dios que dió á los cielos sus luminares
 quiso que atravesaras por mis tristezas
 como un rayo de luna sobre los mares



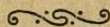
Como blanca theoria por el desierto



Como blanca theoria por el desierto
 desfilan silenciosas mis ilusiones
 sin árbol que les preste sus ramazones
 ni gruta que les brinde refugio cierto

La luna se levanta del campo yerto
 y al claror de sus rojas fulguraciones
 como blanca theoria mis ilusiones
 desfilan silenciosas por el desierto

En vano al cielo piden revelaciones
—Son esfinges los astros Edipo ha muerto—
y á la faz de las viejas constelaciones
desfilan silenciosas mis ilusiones
como blanca theoría por el desierto



PARA UN MISAL

Diez mármoles icónicos de testas milenarias,
soportan en sus nuca la cripta medioeval
que guarda las yacentes estatuas funerarias
de monjes y adalides de gran cepa real.

Ahí por siempre moran las viejas canonesas:
al lado el firme báculo, al pecho el aurea cruz;
los áulicos primados, las graves doctoresas,
espectadores mudos de la perenne luz...

Ahí sus manos juntan en actitud de ruego:
Wilfredo, *el rey velludo*; Tristán, *alma de león*;
Raul, el de la roja cimera y negro escudo,
con lises en un campo de gules por blasón.

En ángulo quieto que á la plegaria invita,
en el marmóreo tálamo donde tendida está,
inmóvil, casta y bella, duerme Margarita
(*la reina de las trenzas floridas*) de Valois.

Los mausoleos posan sus moles veteadas
en míticas quimeras, bicornes y aladas,
de arborescentes colas y de ademán flemático,
que escrutan el silencio poblado de pavuras
y clavan en las hoscas y arcaicas esculturas
el dardo de su ojo tranquilo y enigmático.

En las paredes se abren profundas hornacinas,
donde á los besos tenues de occidua luz solar
que llueve polen de oro de todas las vitrinas,

exhiben los doctores su túnica talar:

San Agustín, flagelo del mónstruo Maniqueo,
medita en el abismo de la honda Trinidad;
San Pablo—el fiero apóstol—escribe á Timoteo
preceptos ecuménicos de vida y de verdad;

Jerónimo, el adusto doctor, el eremita
de cuerpo esqueleteado, de gran calva senil,
en su caverna brava junto á la cruz medita,
forjando su potente dialéctica sutil.

...Y Magdalena gime, á solas con punzantes
dolores; su cabello rizado y blondo, cae
sobre sus senos, breves, agudos y distantes,
cuyos pezones fingen dos yemas rozagantes
en el trigal de oro que el viento lleva y trae...

El dombo, excelso amparo de las querellas místicas,
corona un baldaquino de sobrio y rico plan,
y ostenta entre sus gajos las armas cabalísticas
de Lucas, de Mateo, de Marcos y de Juan.

Los cuatro, en hondos éxtasis, en actitud arcana,
parece que contemplan la Esencia Soberana
del Logos, hecho carne de befa y de baldón;
y en su profundo arrobó y en su expresión de artistas,
fingen un quator lírico de bardos simbolistas
que riman los rumores polifonos de Sión...

Cuando la noche llega, velando el hemisferio
del dombo, con sus gasas de pompa sideral,
las gárgolas, los grifos, los trasgos del misterio,
penetran á la cripta volando en espiral;

Despiertan á los santos doctores en sus frías
moradas de reposo, galvanizando van
los áridos cadáveres, y en fúnebres theorías
entonan el *Trisagio* tremendo de Isafas
al isocrono y lento compás de un ademán.

